

LOS CIENTIFICOS:

¿BLANCOS ESPECIALES DE LA REPRESION?

JOSÉ GOLDEMBERG

Científicos, ingenieros y médicos norteamericanos y latinoamericanos de 13 países, reunidos al tiempo con la sesión anual de 1981 de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS) en Toronto, Canadá, condenaron la actual violación de los derechos humanos ejercida contra sus colegas.

Los participantes de la reunión, organizada por el Comité de Libertad y Responsabilidad Científica de la AAAS, expresaron su preocupación por la reducción de la libertad académica y científica. Esto, dijeron, ha llevado a un deterioro en la calidad y disponibilidad de la educación a todo nivel y a un ambiente investigativo restringido. El ataque a científicos y estudiantes, anotaron, amenaza el progreso tecnológico y científico de los países y contribuye a la fuga de cerebros.

Este ataque a los derechos humanos y a la libertad científica, concluyeron, se ha vuelto un problema crónico. Los grupos de trabajo recomendaron la promoción de mayores esfuerzos cooperativos en respuesta a las violaciones; el establecimiento de un centro latinoamericano de control y apoyo a la libertad académica y científica; la supervisión del otorgamiento de préstamos hecho por los organismos prestatarios; y el reconocimiento por parte de las instituciones financiadoras de la necesidad de apoyar la investigación sobre las causas de la represión y las violaciones de los derechos humanos.

Para finalizar afirmaron que el progreso de la ciencia está ligado fundamentalmente al de los derechos humanos. Por tanto, los científicos tienen no solo la responsabilidad de promover la libertad científica, sino también los derechos básicos garantizados a todos por el derecho internacional.

El siguiente artículo ha sido extractado de un trabajo presentado por el Prof., José Goldemberg, físico y presidente de la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia.

Dice la leyenda que cuando los romanos se tomaron Siracusa en el año 212 a.c., un soldado mató al gran matemático Arquímedes cuando éste resolvía problemas de geometría en la arena. Esta historia se cita a menudo como ejemplo temprano de brutalidad contra un científico eminente, brutalidad que ha imperado a través de la historia en muchas partes. La verdad es que Arquímedes estaba trabajando en una combinación de espejos que al concentrar la energía solar sobre las naves invasoras, les prendería fuego. Obviamente, a los ojos del ejército victorioso, esto lo ubicaba como "combatiente".

Siempre recuerdo esta historia cuando pienso en

el problema de la persecución de los científicos y las violaciones de sus derechos humanos en América Latina.

Uno tiene que ser suficientemente realista para reconocer que en muchos países existe un sistema muy estricto de leyes y normas que prohíben las actividades políticas de uno u otro tipo. Los científicos que las violan o se involucran como ciudadanos en luchas contra los gobiernos, están expuestos a ser encarcelados y a sufrir en manos de la policía. Estos son riesgos que ellos asumen como individuos interesados en cambiar o mejorar las cosas. No se puede pedir privilegios especiales para ellos.

Existen, sin embargo, áreas de discusión y de actividad que no son estrictamente políticas en que los científicos son importantes —la protección del medio ambiente, el uso racional de los recursos de la tierra, la medicina preventiva, la defensa de las minorías y los problemas educativos en general. Los científicos juegan gran papel en estas discusiones y, como resultado de sus opiniones, a menudo cruzan el estrecho umbral de lo tolerado. En consecuencia, son arrestados o perseguidos.

En contra de lo que se cree, los gobiernos militares y las dictaduras no son resultado de accidentes históricos o de "golpes palaciegos". Ellos ocurren cuando la alta clase media se siente amenazada por las demandas crecientes de la población y de las cada vez más poderosas uniones obreras que tratan de obtener una cuota mayor del ingreso nacional. Como norma, en América Latina la alta clase media constituye un 10 por ciento de la población, pero recibe la mitad del ingreso total.

El militar es parte de la clase tecnoburocrática que mantiene este sistema. Es un auxiliar de la clase dirigente y refleja sus aspiraciones.

En situaciones críticas —Brasil en 1964, Chile en 1973, Argentina en 1977— la situación política interna semeja una guerra civil. En el "fragor de la batalla" todo tipo de acciones reprensibles encuentran justificación. En este proceso, los grupos políticamente más activos sufren —trabajadores, intelectuales y estudiantes. Y también sufren las universidades y los científicos.

No obstante, en América Latina los científicos son por lo común parte de la alta clase media, bien por nacimiento o por la importancia recién adquirida. Además, los científicos y los tecnólogos son considerados importantes para el desarrollo;

muchos militares y tecnoburocratas en los gobiernos admiran los avances de la tecnología. En la búsqueda de la autoafirmación, y con miras a cumplir el anhelo de ser una nación poderosa, los regímenes militares se han dado cuenta de que la tecnología —aeroespacial, de comunicaciones o nuclear— es esencial, y esto significa que se otorgan privilegios especiales a los científicos e ingenieros.

CIENCIA Y POLÍTICA

¿Son los científicos blancos especiales de la represión? Lo que, en realidad, atrae la atención sobre sus actividades, es la importancia de las funciones que realizan. Como resultado, reciben honores especiales, pero también son perseguidos, y como fácilmente se vuelven representativos de las aspiraciones de muchos, terminan en pugna con los grupos más represivos de la sociedad.

Las características propias del científico —su negativa a aceptar normas autoritarias, la búsqueda de evidencia, el desprecio por el mito— terminan siendo una molestia para los regímenes represivos que defienden los privilegios y valores tradicionales. En el caso de Galileo, por ejemplo, es claro que parte de su trabajo —las leyes de caída de los cuerpos, las propiedades mecánicas, etc.— no se consideraba importante porque no implicaba amenazas para el orden existente. Este aspecto de su trabajo era tolerado o ignorado. Sin embargo, su trabajo en astronomía interfería con el orden social porque ponía en tela de juicio la posición del hombre en el universo. En consecuencia, fue suprimido.

Los actuales gobiernos latinoamericanos no tienen con frecuencia una posición clara frente a la ciencia y los científicos. Mientras algunos ministros y militares estimulan las actividades científicas, otros no. Un ejemplo

ilustrativo ocurrió en Brasil cuando en 1977 el gobierno casi logró suprimir la reunión anual de la Asociación Brasileña para el Progreso de la Ciencia (SBPC).

En 1961, las universidades brasileñas fueron purgadas y muchos profesores fueron forzados a retirarse. Sin embargo, las reuniones de la SBPC permanecieron abiertas para ellos. Durante los años 70, estas reuniones eran el único foro donde se podía discutir y analizar problemas específicos y a menudo resultaban en protestas, advertencias y denuncias. Lentamente, las reuniones se convirtieron en eventos políticos importantes, aumentando las tensiones entre los científicos y el gobierno.

Los juicios oficiales sobre el carácter subversivo de las actividades científicas seguían cuatro criterios:

- el trabajo científico en las ciencias exactas no era peligroso para la estabilidad del gobierno, en realidad era útil para el desarrollo tecnológico de Brasil;
- el trabajo en ciencias sociales, sin embargo, podía ser una amenaza. Los estudios sociológicos sobre las áreas de pobreza en Brasil, por ejemplo, eran en sí argumentos políticos que demostraban el fracaso de las políticas oficiales;
- los físicos se habían convertido en amenaza porque señalaban los problemas asociados con la energía nuclear, interfiriendo con ello en los planes del gobierno;
- las reuniones en las que científicos y estudiantes se reunían libremente podían "contaminar" otros sectores de la sociedad en contra del gobierno.

La reunión de 1977 fue "tolerada" solo a última hora. La situación se hizo dramática porque las vacilaciones del gobierno aumentaron la importancia de la reunión y porque los científicos brasileños, por lo común conservadores, se sintieron ultrajados por la posición oscurantista de las autoridades.

En general, los gobiernos desean una población dócil; los científicos no lo son. Por tanto, se convierten en especímenes a los que hay que mirar con desconfianza. En este sentido, la ciencia y los científicos no pueden estar separados de la política.

¿QUÉ PUEDE HACERSE?

La única política sensata, en mi opinión, es tratar de convencer a los gobiernos y a las élites gobernantes de que la persecución de los científicos va realmente en contra de sus propios intereses. La ilustración, el esclarecimiento, parece ser la única forma de proteger a los científicos.

En países grandes — como Brasil, Argentina y Colombia que tienen élites con grandes proyectos nacionales— esto parece posible porque a largo y mediano plazo los proyectos se verían afectados por falta de científicos. En los países más pequeños, la ilustración es una tarea mucho más difícil porque allí podría cobrar sentido la supresión de los científicos y la de otros elementos más liberales de la sociedad.

Yo recomiendo que todas las oportunidades, públicas o privadas, se aprovechen para subrayar la importancia de la ciencia y la tecnología en la solución de los problemas de los países en desarrollo. Toda vez que sea posible, debe insistirse en que las diferencias de opinión y las críticas no deben interpretarse como "subversivas" o "conspiratorias".

De fracasar la ilustración, solamente la vergüenza interna y externa puede actuar como freno a la violación de los derechos humanos de los científicos. Estas violaciones pueden y deben ser caracterizadas como "autofagia de los órganos vitales" por parte de los regímenes autoritarios, en el sentido de que están destruyendo partes importantes de sus propios sistemas. Este método ha funcionado en Brasil y no veo por qué no pueda funcionar en otras partes.